

decoraciones de versos de Ossian, toques de las Trinidades, amañados raudos de diosa mediterránea. Es un tejido extraordinariamente plástico. Se amolda al primer ojo que lo contempla, simpático o antipático. Es el "onagro corso", el monstruo antidiluviano de Taine, el Anticristo del Santo Sínodo, el "Buonaparté" de los ingleses, el usurpador de los realistas, el Robespierre a caballo de ciertos historiadores.

Existen el Napoleón de la historia y el de la novela, que es el más auténtico. Hay el Napoleón de Chateaubriand, el de Walter Scott, el de Goethe, el de Beethoven, el de Byron, el de Stendhal, el de Dumas, el de Thiers, el de Taine, el de Víctor Hugo, el de Pouchkine, el de Lermontow, el de Manzini, el de Heine, el de Nietzsche, el de León Bloy, el de Merejkosuski... Es el hombre más trabajado por los hombres. Ningún hijo tuvo tantos padres. ¿Y el Napoleón de Napoleón? Hemos de contemplarlo en su estatua de bronce.

La historia napoleónica nos seduce porque es la mayor novela de la historia, la novela de la humanidad. La Historia romana es la historia de Napoleón. Y es nuestra propia oscura novela. Todos nos reconocemos en Napoleón, como en Hamlet, en Don Quijote y en Pablo: nos reconocemos en el heroísmo, en la duda, en el ridículo y en la cruz. Napoleón se transformó en un símbolo eterno, no en mármol de museo como Julio César, sino en carne viva, irradiando calor de su cuerpo y luz de su alma.

"Quel roman que ma vie!", decía el Emperador en Longwood... En aquel cristal volcánico de Santa Elena, encajonado en la inmensidad atlántica, se refleja su imagen verdadera, la de león del desierto, triste, de la misma tristeza que Miguel Angel expresó en su "Vincitore". Incrédulo de la victoria, que es una ilusión siempre, la corona de roble le arruga la frente pensativa. La victoria es una quimera; cuando más, es el vuelo en mármol de un ángel degollado.

El poema épico de Francia no es un libro. Es Napoleón. ¡Qué belleza dramática la de todos sus actos! Son creaciones a lo Miguel Angel la batalla de las Pirámides, la de Austerlitz, el incendio de Moscú, la retirada de Rusia, Waterlloo... ¿Y el "Bellophoron", en la bahía de Plymouth? ¿Y aquel bulto desnudo sobre un peñasco del Atlántico? ¿Y la leyenda y la gloria? Aún brillan las espadas de Ney y de Murat y las bayonetas de la Guardia. Y el pequeño tricorno erguido sobre la frente, la casaca ceniza, las botas enlodadas de Polonia, reliquias y reliquias. Figuran en el "Testamento" con medias rotas en los talones, camisas viejas y lienzos roídos de los ratones, comensales de mister Hudson Lowe.

★

En el mundo sólo existen dos cosas serias: el Verbo y el Hambre. "Y el Hambre se hizo carne, y anduvo entre nosotros, y la vimos con los ojos y la tocamos con las manos". Así puede comenzar el evangelio del Anticristo, de Napoleón Bonaparte. Predicó por la boca de los cañones y tuvo su calvario en una isla, crucificado por los judíos de la Santa Alianza. Napoleón realiza lo que sueña como nadie; cristaliza la niebla con una facilidad verdaderamente mineral. Guerra y legisla con la misma rapidez victoriosa.

En ningún ser humano transparente, como en él, "o sol in-

timo", aquel verso de Joao de Deus, verso que vale un poema. Aproximándose a él, se sentía calor. En la retirada de Rusia los granaderos lo rodeaban.

—"Ca me rechauffe, sire!", decía uno de ellos tocándole las manos.

Goethe lo comparó al rey de los astros. Napoleón tiene belleza de aurora y de crepúsculo, en Córcega y en Santa Elena. Hay la cuna y la sepultura. Nos desprendemos de una madre para prendernos a otra. Tierra significa "mater", tetas húmedas de leche, vientre lleno de semillas... Somos, moralmente, un absurdo, pero ambicionamos someterlo a una determinada lógica, ya que habitamos en un plano medio, donde nos movemos como un cuerpo definido y donde las cosas se nos aparecen como formas sustanciales. Pero ese plano es más ilusorio que las apariencias que toma. Tenemos que oponer a la lógica de lo próximo la lógica de lo remoto. Debemos aplicarla en los casos psicológicos, estructuralmente idénticos a los que se producen en el origen de la materia.

LA CUNA

El parto fué tan rápido, que el recién nacido tuvo, como primera cuna, una alfombra donde había escenas guerreras dibujadas. El hecho verdadero parece legendario. Interesante imaginar la influencia de ese episodio guerrero, tal vez de la "Iliada" en el destino del Héroe, Las cosas muertas, al contrario de ciertos vivos, pueden influir animadamente.

La criatura transitó del vientre materno para los senos de Camila Carboni Ilari; fué ella y no Letizia, ausente en Roma, quien asistió en Nôtre Dame a la coronación de su hijo de leche. Y la palabra "nourrison" tiene escasamente un sentido alimenticio, burgués. ¿Qué pensaría el ama al presenciar el fantástico espectáculo? Había amamantado aquel nuevo dios de la guerra como una loba romana.

LA SEPULTURA

En un acceso de fiebre, el último, grita:

—¡Desaix, la victoria es nuestra!

Y pronuncia palabras entrecortadas: "Marengo... France... tête d'armée"... toda su historia en tres recuerdos y luego, la noche sempiterna.

Eran las seis de la tarde del día cinco de mayo de 1821. Su fisonomía rejuvenece. Es el Bonaparte de Italia. Y rejuvenecido se conservó, debajo de la tierra, veinte años. Bertrand volvió a la isla en 1840. Y delante del ataúd violado, exclamó: "En otros tiempos, yo era joven y él ya era un anciano; ahora yo soy un viejo y él es un hermoso mozo."

Cubren el cadáver con el manto de Marengo, y tiene a la cabecera un crucifijo. Es el cónsul y no el emperador. Y es el cónsul el que reposa en los Inválidos. Es el arcángel de David fundido en divina cera, la sinfonía heroica de Beethoven fúnebramente enmudecida...

Desaparecido el Héroe, sólo resta de él, a la luz del sol, la madre, la plebe.

